

F 1230

H 3

V. 1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

---

## PARTE CUARTA

---

### GRANDEZAS HUMANAS.

---

#### Capitulo I.

---

##### Recelos infundados.

A la desesperacion que experimentaban los mejicanos por las derrotas que sufrían, se unía el dolor que les causaba la ausencia de Guatimozin.

No se comprendía, en efecto, que el valeroso emperador les hubiera abandonado en tan críticos momentos, y mucho ménos que les dejase entregados á su suerte, sabiendo, como indudablemente sabría, los acontecimientos de que era teatro la ciudad imperial.

Disculpable es hasta cierto punto que los que habían visto perecer á sus padres, á sus hijos en la pelea; que los que habían visto sucumbir acosados por

el hambre á sus esposas, á todos los séres queridos de su corazón, acriminasen la conducta de Guatimozin, por más que este no fuera culpable.

—¿Dónde están aquellos bríos?—exclamaba con ironía un anciano.—¿Dónde está aquel valor que manifestaba Guatimozin cuando los españoles le propusieron la paz por primera vez? ¿Por qué se opuso a ella, si no se sentía con fuerzas bastantes para combatirlos? ¿No hubiera sido mejor para el porvenir del imperio aceptar condiciones amistosas, que sufrir las consecuencias de una derrota? Además, los montones de cadáveres hacinados en las calles, ¿no son un testimonio de su imprudente conducta? ¿Y qué ha hecho ese miserable en el instante supremo en que la patria necesitaba sus servicios? Huir vergonzosamente como el mísero colibrí al sentir el primer trueno precursor de la tempestad. ¡Oh! Que los dioses me den vida,—añadió el anciano con desesperación,—para que pueda buscar entre las entrañas de la tierra á ese infame, causa de nuestras desventuras, para escupirlé en el rostro, y mostrándolo las infinitas víctimas inmoladas por él, pueda decirle: «¡Hé aquí tu obra; hé aquí cómo has pagado á los que unánimemente te proclamaron por su emperador!»

Y al pronunciar estas palabras el infeliz anciano se mesaba los cabellos, y lágrimas de dolor y de despecho corrían en abundancia por su venerable rostro.

—Calmaos, nuestro buen Caimahatuepec; calmaos, y estad seguro que los dioses le impodrán el castigo

que merece por habernos abandonado cuando el enemigo llamaba á nuestras puertas.

—Los soberanos,—añadió otro con doloroso sarcasmo,—no pueden prescindir de sus afecciones más queridas. Hacia días que se hallaba intranquilo por la suerte de su esposa, de su hijo, y habrá ido á reunirse con ellos. Los vasallos pueden ver morir á su lado á todos los individuos de su familia, pueden estar alejados de ella; ¿pero un emperador?... Eso es diferente. ¿Qué importa la independencia de la patria? ¿Qué importa que millares de infelices sucumban en la lucha? Lo primero es ponerse á salvo; si perecen mil vasallos, otros quedarán para vengarlos; si mueren todos, han cumplido con su deber. Por algo es él dueño de vidas y haciendas.

—¿Y quién sabe,—exclamó con arrogancia uno que hasta entonces no había desplegado sus labios;—quién sabe si nuestro emperador no se halla á nuestro lado por causas independientes de su voluntad?

—¿Y qué pruebas teneis para defenderle con tanta vehemencia?

—Las que ha dado en su gloriosa vida, la triunfante aureola que circunda su nombre, la serie no interrumpida de triunfos que en todas ocasiones ha alcanzado en cuantos combates ha tomado parte.

—No os canséis,—añadió otro;—á mi ver, la conducta de Guatimozin obedece á hallarse en secreta inteligencia con el caudillo de los españoles. El emperador, sin duda, abrigando sentimientos mezquinos, se ha dicho: mi resistencia vá á ser inútil; vencido por

los extranjeros, se é conducido á una prision, y tal vez pierda la vida. Si por el contrario, propongo la paz á mis vasallos, todo el prestigio que he disfrutado entre ellos se convertirá en ódio. Es preciso, pues, hacer de modo que, venza quien venza, obtenga yo ventajas.

No tomando parte en la lucha, y alcanzando la victoria los españoles, podré decirles que yo no he hecho armas contra ellos; pero no he podido contener el empuje de mis súbditos. Ellos premiarán mi lealtad confiándome algun cargo importante. Si triunfan los mejicanos, les haré creer que al salir á explorar las inmediaciones he sido preso, y que gracias á un ardid que inventaré, he podido escaparme. Los que recuerden mis antecedentes no dudarán de mi sinceridad, y tambien conseguiré seguir siendo el emperador de Mejico.

—Pues yo creo ciertamente,—dijo otro de los circunstantes,—que nuestro emperador debe haber caido en una emboscada. Yo estoy resuelto á averiguar su paradero para saber á qué atenernos.

—Yo te sigo,—dijo otro.

—Y yo.

—Pues en marcha.

—¿Por qué?

—Tal vez haya caido en poder de Hernan Cortés

—Tienes razon.

Hay un indicio que prueba la posibilidad de que eso haya sucedido.

—¿Cuál?

—Que algunos de nuestros compañeros que sobrevivieron á la última batalla han desaparecido.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que pudieron muy bien haber ido á acompañar á Guatimozin, y caer todos prisioneros.

La llegada de tres indios interrumpió estas conversaciones.

Habian caido en poder de Hernan Cortés, y el ilustre caudillo les mandaba con la mision de decir á sus hermanos que se entregasen todos, por que no queria derramar más sangre.

En vez de acojer esta proposicion, se aumentó su cólera é hicieron una nueva tentativa.

Se trabó sangrienta pelea, y aunque el ejército de Cortés sufrió algunas pérdidas, no quiso el valeroso conquistador llevar á sangre y fuego la decision de la contienda.

Creyó que rendidos por el hambre, que cada vez se hacia más insoportable, se entregarían al dia siguiente, y suspendió las hostilidades.

Pasada la tregua, envió nuevos emisarios.

No obtuvo respuesta, si bien tampoco le hostilizaron.

Llegóse entonces á una albarrada, y dirigiéndose á algunos personajes del imperio, á quienes conocia por las buenas relaciones que en otro tiempo sostuvo con Motezuma, les dijo:

—Decid al emperador que deseo hablar con él: tiempo es ya de que cesen estas luchas desastrosas. Ya habeis visto que no podeis contrarestar el empuje

de mis armas. Pero quiero que disfruteis de los beneficios de mi generosidad, y antes de que perezcais todos, ó por el mortífero fuego de mis cañones, ó por falta de alimento, os propongo por última vez la paz.

—Bien conocemos, señor, la verdad de cuanto nos decís,—exclamaron algunos.—Pero tenemos que obedecer á nuestro emperador y á nuestros dioses, que así lo quieren.

—Que venga, sin embargo vuestro emperador, y las razones que le daré le harán aceptar la paz.

—¡Oh! ¡Qué suerte para nosotros si así sucediese! Pero no creemos en tanta dicha.

—¿Por qué razón?

—Por que conocemos su carácter impetuoso.

—De todos modos, decidle que le espero.

—No podrá venir

—¿Por qué causa?

—Por que se halla enfermo.

—¿De gravedad?

—Hasta ahora no ofrece peligro.

—Segun eso, ¿cuándo podrá celebrarse nuestra entrevista?

—Tal vez mañana.

—Le esperaré. Hacedle ver que de él depende la suerte de sus vasallos. Si desoye mis súplicas, pronto Méjico será un monton de ruinas; y no quedará con vida un solo mejicano, porque no daré cuartel á nadie.

Cortés se retiró muy contento, porque confiaba en que la entrevista que habia de celebrar con el

emperador de Méjico llegaria á ponerse de acuerdo.

Mandó hacer grandes preparativos para recibirle dignamente, y ordenó tambien que se dispusiera una abundante comida para obsequiarle y á los que le acompañasen.

Al dia siguiente vinieron cinco personajes mejicanos.

Traian como presente buenas mantas de algodón, y excusaron de nuevo á su monarca, diciendo que aún no se hallaba completamente restablecido y que rogaba al caudillo aplazase hasta el dia próximo la proyectada entrevista.

Disgustó á Cortés esta dilacion, pero se mostró afable con los embajadores y les obsequió espléndidamente

Comó se vé, los mejicanos querian á toda costa ocultar la fuga de su emperador.

Tranquilos ya respecto á que no se hallaba en poder del caudillo de los españoles, esperaban que de un momento á otro fuese á ponerse al frente de las huestes del imperio.

Al despedir Cortés á los embajadores:

—Ya veis,—les dijo,—que mi bondad es inagotable. Sentiria, sin embargo, que estas dilaciones fueran pretextos infundados, en cuyo caso me veria en la necesidad de castigar á los que tan mal corresponden á mi afecto.

—Os juramos que mañana hablareis con Guatimozin.

—Mucho me alegraré, porque á todos nos conviene.

—Hasta mañana.

—Andad en buena hora.

Los emisarios partieron.

Con gran ansiedad esperó Cortés la llegada de la hora señalada para la entrevista.

Cada momento que pasaba se convencía más y más de que era juguete de un engaño.

—Yo les haré pagar cara á esos mal aconsejados indios su temeridad,—exclamó.

Y enviando á Sandoval con los bergantines, y saliendo él por otra parte, combatió las calles y albaradas en que se hacian fuertes los enemigos.

Débil resistencia opusieron los mejicanos.

Apenas tenian piedras ni flechas; así es que los españoles les derrotaron fácilmente.

En aquel encuentro tuvieron los sitiados entre muertos y prisioneros más de cuarenta mil.

Aunque Cortés, al ver la poca resistencia que hacian, no quiso ensañarse con ellos, no pudo evitar que los indios aliados se entregasen á toda clase de excesos.

Por esta razon fué tan espantosa la canicería.

El terrorífico cuadro que presentaba la ciudad de Méjico, que se hallaba sembrada de cadáveres, y la hediondez que impregnaba la atmósfera, obligó á los españoles á retirarse de la ciudad antes de ser víctimas de una epidemia, que podia desarrollarse por los miasmas que se desprendian de tantos infelices.

---

## Capítulo II.

---

### Explicaciones.

Mientras ocurrían los sucesos que acabamos de referir, tenia lugar en la cueva en donde se hallaba preso Guatimozin una escena, á la que van asistir nuestros lectores:

Preocupado se hallaba el monarca por la suerte de su imperio, pero mucho más por la situacion en que se encontrarian Guacaleinla y su hijo.

Después de apurar ruegos, ofertas y hasta amenazas para que le dejaran en libertad, se habia convencido de que sus guardianes eran incorruptibles, y desconfiaba ya volver á ver de nuevo brillar el sol, cuando una visita que no esperaba vino á sacarle de su triste meditacion.

Inhijambia se presentó en su prision, y brillando en su mirada una alegría infernal:

—Tú me habrás olvidado seguramente,—le dijo; —pero yo no podía hacer otro tanto. La última vez que nos vimos te juré al despedirme que el despreciar mi amor sería causa de tu ruina y de la de tu imperio. Si he ó no cumplido mi palabra, nadie como tú puede saberlo.

Los españoles, auxiliados por las infinitas tribus que, excitadas por mí, se han unido á su ejército, son dueños á estas fechas de Méjico.

Millares de cadáveres llenan las calles, los canales están inundados por la sangre de tus vasallos, y la desolacion y el espanto es tanto mayor, cuanto que desprovistos de víveres, empiezan á sentir las desgarradoras consecuencias del hambre.

—Calla, serpiente; doy gracias á los dioses de no haber albergado en mi alma ningun sentimiento afectuoso hácia tí. La que se goza en ser causa de tantas desventuras, debe tener entrañas de fiera.

—Mal me juzgas,—dijo Inhijambia. —Podría castigarte teniéndote en mi poder; pero soy generosa, y he venido á darte la libertad; puedes marchar cuando gustes, é irte á reunir con tu adorada Guacalcinla, que ya estará impaciente por tu ausencia.

Y dando orden á los que custodiaban á Guatimozin para que le sacaran de la cueva y le quitaran las ligaduras, desapareció sin dar tiempo al monarca para contestar á sus palabras.

El infortunado monarca una vez libre se dirigió á Tacuba, porque deseaba con impaciencia saber el estado en que se hallaba su querido hijo.

Por senderos y atajos caminaba precipitadamente, y no sabia que al llegar al término de su viaje le esperaban nuevos dolores.

La aparente generosidad de Inhijambia era el resultado de un cruel proyecto de venganza.

Quería que su amante apurase la copa del sufrimiento, y por eso le dejaba en libertad.

Antes de haber ido á ver á su victima, habia estado en Tacuba con un español llamado Juan de Villafraña.

Este le habia ponderado la belleza de Guacalcinla, y al oírle habia exclamado Inhijambia:

—Si quieres, yo te proporcionaré los medios de que te apoderes de ella. Los pocos servidores que tiene á su lado perecerán á manos de los que vendrán en tu auxilio, y podrás huir lejos de aquí, llevándote á la prenda de tu amor.

El soldado habia aceptado aquella proposicion, y Guacalcinla y su hijo, restablecido ya, fueron robados una noche por el desvergonzado aventurero.

Hé aquí lo que habia pasado.

La esposa de Guatimozin, despues de haber acostado á su hijo, permanecía largas horas en vela con la esperanza de ver llegar á su amado.

—¡Oh!—se decia, vertiendo abundantes lágrimas.—¿Por qué los dioses no me han de conceder la única felicidad que para mí hay en la tierra, la de hallarme al lado de mi esposo querido, del padre de mi hijo? ¿Acaso le habré perdido para siempre? ¿Cómo se explica que no haya acudido á mi llamamiento?

Porque lo que es él, estoy segura de que me ama. Tal vez alguna desgracia, la muerte sin duda.

Y al pronunciar estas palabras oyó pasos en la habitación inmediata.

—¿Será posible,—exclamó, enjugando sus lágrimas,—que se aproxime el momento de que cesen mis padecimientos? A estas horas, nadie sino él puede turbar el silencio de esta mansión. Voy, voy á ver si es mi amado; no quiero retardar ni un instante el placer de estrecharle en mis brazos.

Y al disponerse á abandonar la habitación en donde se hallaba, cayeron sobre ella algunos indios, en tanto que Villafranca, procurando dar á su voz un acento cariñoso:

—Nada temais, señora,—decía;—yo velo por vos.

—Pero ¿qué significa esto?

—Significa que os he visto, que me he enamorado de vos, y que vengo á buscaros para que me sigais y oigais de mis lábios la expresión de un amor vehemente, tierno, apasionado.

—Eso jamás.

—¿Olvidais que estais en mi poder, y que no podreis oponeros á mi voluntad?

—¡Hola! ¡Mis servidores!—exclamó con desesperación Guacalcinla, creyendo que acudieran en su auxilio.

—No os molesteis, mi bella ingrata,—añadió Villafranca,—vuestros criados no pueden oírnos, porque antes de llegar aquí he tenido buen cuidado de desembarazarme de ellos.

Estas palabras aterraron á la esposa de Guatimozin.

Y al ver que sus raptos se disponían á sacarla del palacio:

—¡Mi hijo!—exclamó.—No me separeis de él; cualquiera que sea mi suerte, concededme este consuelo.

—Vuestro hijo os acompañará y será tratado con todas las consideraciones que merece, por haberle dado el ser la que ya es dueña de mi alma.

Y dando orden Villafranca, que era el que así se expresaba, á sus auxiliares, fueron estos á buscar al niño, y un momento despues abandonaban todos el palacio, y se dirigian á esconderse en las montañas.

Al llegar Guatimozin á Tacuba le sorprendió no ver á ninguno de sus servidores á la puerta de su palacio.

—Sin duda ha muerto mi hijo,—exclamó,—y mi desgraciada esposa se encuentra próxima á seguirle á la tumba. Mis fieles servidores no quieren abandonarla un momento, y todos han subido á su habitación.

Y atravesando precipitadamente la escalera, llegó á la estancia que ordinariamente ocupaba su esposa.

Al verla desierta recorrió todas las inmediatas, y se convenció entonces de que la venganza de Inhijambia habia sido superior á cuanto él hubiera podido imaginar.

—¡Esto es horrible!—se dijo.—Ya nada me queda en el mundo. Voy á morir; pero moriré matando.

Y exhalando profundos gemidos, lanzando imprecaciones espantosas, abandonó el palacio, y se dirigió de nuevo á reunirse con sus vasallos, empuñando en la diestra una macana que encontró en el patio, acariciando la idea de que salieran á sorprenderle en el camino para descargar su pesada arma sobre el que intentara detener su marcha.



### Capítulo III.

#### Prision de Guatimozin.

En el momento en que Guatimozin llegó al arrabal en donde se había refugiado los mejicanos, les contó en breves palabras las desventuras que habían motivado su ausencia.

Con estas explicaciones recobró su antiguo prestigio, y al oír de lábios de sus vasallos que los españoles les habían intimado á la rendición:

—Perezcamos todos,—dijo;—pero no reconozcamos jamás autoridad en los opresores que vienen á usurparnos nuestros dominios.

Todos se aprestaron á seguirle en medio del mayor entusiasmo.

Guatimozin reunió cuantas canoas pudo, y acompañado de sus súbditos, se dirigió por la laguna á la ciudad, que ya ocupaban los españoles.